

EL ÚLTIMO SALTO

Si estuvieras manejando un auto -es decir, si tuvieras la edad suficiente para hacerlo -, y un patrullero te hiciera señas para que te detuvieras, ¿lo harías? ¿O dirías: "Bueno, pienso que no se va a molestar si sigo un kilómetro o dos más", o "no puedo detenerme ahora, estoy apurado"?

Por supuesto que no. Seguro que te detendrías allí mismo. Si llegaras a un semáforo en el momento en que se enciende la luz roja, ¿qué harías? ¿Te detendrías? Espero que sí. No me puedo imaginar a alguien que dijera: "Esta vez voy a cruzar de todas maneras". Una vez sería suficiente para producir un accidente y tal vez la muerte.

Esto es lo que significa la obediencia instantánea, obedecer en el mismo momento en que se da la orden o la señal. Desgraciadamente algunos niños y niñas no saben lo que significa obedecer. Cuando la mamá dice: "Ven aquí, querido", siguen con lo que estaban haciendo hasta que lo terminan. Cuando el papá dice: "Por favor, hazme este trabajo", comienzan a soñar despiertos, y hay que decirles las cosas dos o tres veces para que las hagan.

Es bueno aprender a obedecer de inmediato, instantáneamente. Te ahorrará muchos problemas y discusiones. Y algún día la obediencia puede salvarte la vida.

Esto es lo que le ocurrió a Claudio. El vivía en Nueva Zelandia en ese momento, y el papá y la mamá lo habían llevado con ellos a las montañas para ver un volcán extinguido.

Este volcán está cubierto, en su parte superior, por una gruesa capa de ceniza volcánica llamada "escoria", que hace muy cansador el ascenso, y aún más su descenso.

Con mucho esfuerzo y resbalones por la grava suelta, los tres consiguieron subir a una altura de más de mil seiscientos metros, casi hasta el límite de la nieve perpetua. Como se estaba haciendo tarde, pensaron que sería prudente regresar.

De modo que comenzaron a descender por la resbaladiza superficie formada por la gruesa ceniza volcánica. El papá y la mamá iban adelante, y Claudio, que tenía nueve años, se quedaba cada vez más atrás.

Tan suelta y blanda era la escoria que se podía dar saltos de tres metros o más cuesta abajo, sin problemas. Esto hacía que el descenso fuera divertido siempre que, por supuesto, uno no fuera demasiado rápido o perdiera el control de sus movimientos. Si alguien perdía el equilibrio, no se sabe adónde podría ir a parar, pues había precipicios por todas partes, que tenían que evitar a toda costa.

Siguieron bajando, mientras el sol también bajaba en el horizonte. De repente los padres notaron que Claudio no estaba a la vista. Habían estado tan preocupados por bajar ellos mismos con seguridad que no habían notado cuán atrás había quedado su hijo.

- ¡Claudio! - gritaron -. ¿Dónde estás? Desde muy arriba vino una alegre respuesta: -¡Allá voy!

- ¡Apresúrate! ¡Se está haciendo tarde!

- Bueno, me estoy apurando.

Y Claudio comenzó realmente a apurarse. Hasta entonces había avanzado lentamente, sin ningún apuro. Ahora se dio cuenta de que estaba oscureciendo, y comenzó a sentir miedo, especialmente cuando notó cuán lejos estaban sus padres. Así que comenzó a dar grandes saltos, aterrizando sobre la escoria blanda y suelta. Era divertido, pero muy peligroso, demasiado peligroso para Claudio.

Repentinamente se dio cuenta de que estaba bajando con demasiada velocidad y que no podía detenerse. Al terminar cada salto trataba de detenerse, pero perdía el equilibrio por la fuerte pendiente, y tenía que saltar otra vez. Bajaba cada vez con mayor velocidad, sin saber que un poco más abajo había un precipicio de más de cincuenta metros.

-¡No me puedo detener! ¡No puedo detenerme! -gritó.

El papá y la mamá miraron hacia arriba y contuvieron el aliento. Veían a Claudio bajando la ladera a grandes saltos, incapaz de detenerse, y cada salto lo llevaba más cerca del salto final, a una muerte segura.

- ¡Dile que se detenga! -gimió la mamá, angustiada.

-Gritarle que pare no le ayudará -respondió el papá -. No puede parar.

Entonces puso sus manos junto a la boca formando una bocina y le gritó tan fuertemente como pudo:

- ¡Claudio, échate al suelo!

Y Claudio se dejó caer. Como si el padre le hubiera disparado un tiro, cayó sobre la grava suelta, que actuó como freno. Se detuvo en el acto.

Los padres subieron hasta donde había caído y lo encontraron sin heridas, pero apenas a cinco metros del borde del precipicio.

Al mirar hacia abajo vieron con horror las agudas rocas sobre las que Claudio se hubiera despedazado si hubiera dado un salto más. ¡Cuán agradecidos estaban de que Claudio había aprendido a obedecer al instante!

La obediencia instantánea, niños y niñas, es una virtud inestimable, especialmente en situaciones en las que tenemos que depender de la experiencia y el consejo de personas más sabias que nosotros mismos.